
INTRODUCCIÓN DE LA COORDINADORA

Ana María Barrenechea

Desde el comienzo se optó por publicar una selección de artículos de Pedro Henríquez Ureña, de naturaleza y épocas diversas, para ofrecer un homenaje que fuera abarcador de sus complejas preocupaciones.

El mismo don Pedro ha destacado la importancia cultural de las antologías, instrumentos complementarios de las historias de la literatura, pues en ambas es necesario practicar inclusiones y supresiones si se quiere obtener una mayor eficacia representativa.

Roberto González Echevarría abre este volumen con un «Liminar» en el que a través de infinitos senderos que se bifurcan, es decir, a través de los laberintos de la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña y de la suya propia, tuvo encuentros distintos en circunstancias diferentes. Por ejemplo, el segundo, leyendo «ese erudito y elegante ensayo *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* [...], un estudio magistral sobre un tema que podía parecer en principio pobre y restringido en posibilidades». Todos esos encuentros fueron reveladores de que «sus discípulos directos o indirectos hacen, hacemos, legión» y «de la proeza que fue redactar *Las corrientes literarias en la América Hispánica* en 1940, y de lo mucho que nuestra propia obra todavía le debía a ese libro fundador».

Enrique Zuleta Álvarez ha tenido a su cargo determinar los criterios de selección de esta antología, los cuales aclara y justifica en la «Nota filológica preliminar» donde fija una base temática: «los seis ideales que fueron su inspiración principal» y permanente: clásico, creativo, filosófico, hispánico, americano y nacional (es decir *su* Santo Domingo). Al final informa de qué modo ha establecido el texto. En la segunda sección («El texto») incluye un apartado de «Notas» donde agrega datos que contextualizan los artículos o dan informaciones conexas. Luego establece la «Cronología» que constituye la tercera sección. Su extensa contribución a este homenaje se completa con un artículo, «La recepción crítica de Pedro Henríquez Ureña» (en la sección «Historia del texto»),

apreciación global sobre la importancia de su contribución a la cultura hispánica. La sección VI, titulada «Dossier. Recepción crítica» abarca veintidós comentarios seleccionados también por Zuleta Álvarez, que van desde figuras consagradas cuando publicó sus primeros libros y amigos, colegas o especialistas que eran sus contemporáneos pasan por los que fueron más tarde sus discípulos o los que recogieron en sus publicaciones un saber siempre viviente, universal y específico, y llegan hasta las generaciones actuales que indagan desde otras perspectivas su obra. Zuleta Álvarez cierra su contribución con el establecimiento de la bibliografía hasta la actualidad, en la sección séptima, donde reconoce el esfuerzo pionero de Emma Speratti Piñero.

Guillermo Piña-Contreras, en «El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña», destaca la importancia de la tradición dominicana a través de un minucioso recorrido de la historia política y cultural del país nativo, del grupo familiar, de manera especial y decisiva de su madre, también del pensamiento de Hostos y «aunque parezca paradójico», agrega que los «años neoyorquinos (después de la muerte de su madre) también forman parte de la educación dominicana».

José Luis Abellán, en «La significación intelectual de Pedro Henríquez Ureña. América entre plenitud y utopía», sitúa su obra en el cuadro espacio-temporal y en la crisis finisecular del modernismo como concepción universal del mundo. Según la ingeniosa red de relaciones que rastrea en su empresa, Hispanoamérica es el centro ideal que encadena hacia atrás (por la lengua y la cultura) con España, heredera del orbe románico cuyo imperio asimiló la tradición griega. Pero también se proyecta hacia adelante como promesa de encarnar la utopía y la justicia, el respeto de la diversidad dentro de la unidad.

Francisco López Estrada, en «Españolidad y europeísmo de Pedro Henríquez Ureña» revive los días que pasó en la Península durante dos circunstancias (1917 y 1920), para dedicarse a la investigación. Expone con equilibrio la obra dedicada a temas españoles (la lengua, la métrica, la literatura en conexión con Europa, especialmente lo español medieval y renacentista), lo que dio y recibió en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, de su director Menéndez Pidal y los especialistas allí reunidos, en un ámbito de trabajo solidario que se prolongó más tarde al surgir el Instituto de Filología de Buenos Aires. Destaca además el comparatismo literario y artístico con su sensibilidad para el color y la música, y su apreciación de América y España como puente con Europa.

Óscar Terán, con su busca de «Una deriva intelectual» propone un interesante perfil de Pedro Henríquez Ureña como el hacedor de una obra que es paradigma de la conciencia hispanoamericana, basado en la legitimación de serlo desde su nacimiento en Santo Domingo, también desde la posición de ser un intelectual en esa época del continente, con el ideario que caracteriza a ambos hechos. Reacción antipositivista y construcción del tema «Hispanoamérica», asi-

milación de lo ajeno desde lo propio, de lo universal desde lo particular, de lo político desde el campo de la cultura y el ejercicio de la vocación intelectual en una historia fracturada (oposición dialéctica no hegeliana puesto que no alcanza la síntesis), pero con equilibrio, sabiduría y práctica se autolimita resignado a obtener resultados pequeños, como la reconciliación de lo popular y lo letrado. Así define Terán con la palabra «deriva», una acción que tiene conciencia de no alcanzar resultados plenos pero que insiste en trabajar responsablemente por la cultura y, sobre ella, por la justicia.

Soledad Álvarez, en «La pasión dominicana de Pedro Henríquez Ureña», resalta, con un estudio documentado de las circunstancias históricas en que se desarrolló su vida y la de la isla, la importancia de «la patria lejana y triste», siempre presente en su deseo de volver. Porque quería concretar en su tierra «la apuesta por la cultura» que no existe sin «la maquinaria de la instrucción» para aprender que «hay formas de vida superiores» y además otros medios: «el voto efectivo, por ejemplo, o la independencia económica». Explica así su vuelta al país en 1931, esperanzado con llevar a cabo grandes empresas educativas. También que después de un año de afiebradas reformas durante el gobierno inicial de Trujillo se fue a París bruscamente y regresase a Buenos Aires donde siempre guardó un silencio significativo sobre este período.

En «Henríquez Ureña, comparatista», Raúl Antelo marca como una constante de su práctica «la necesidad del desliz» desde las primeras obras hasta *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Su enfoque le parece propio de un especialista del comparatismo, por ejemplo el de un conocedor de las historias paralelas de los imperios coloniales del Portugal y de España, o el de los desarrollos de las vanguardias y post-vanguardias hispanoamericanas y brasileñas con la capacidad de extenderse también a sus amplias redes europeas. Caracteriza a Pedro Henríquez Ureña por su adhesión alternativa al modelo de la fusión y de la globalidad o al de la diferencia, «capaz de trabajar la no-identidad de lo idéntico». Así pudo ofrecer una historiografía de América de «corrientes literarias», en la que el comentador (como él mismo quería) alcanza la exigencia ético-social e intelectual sólo citando –aunque sea muy de pasada– la exigencia de su comentado.

Alfredo Grieco y Bavio contribuye con dos trabajos específicos y clarificadores. En el primero, «Historiografía y estilística en Pedro Henríquez Ureña», lo sitúa en la tradición de la escuela estilística alemana, que hizo contribuciones fundamentales a la estilística romance, por tratarse de alguien que buscó siempre expresar la unidad de una cultura (América Hispana, España, Europa románica). Rastrea esta posición desde los ensayos tempranos hasta sus dos últimos libros fundamentales, lo cual le parece revelar la conciencia del destino continental de un especialista con responsabilidad pública dentro de un proceso que es pugna entre tradición y renovación, apertura a lo otro y afianzamiento de lo

propio. En el segundo artículo, que titula «Estudios angloamericanos de un romanista», situado primero en el contexto de su vida y su obra, destaca la modalidad de verdadera labor historiográfica cuyo funcionamiento interno consiste en presentar «conjuntos, movimientos, orientaciones» con autores elegidos como ejemplos «de momentos o direcciones especiales de la vida literaria».

El artículo de Gonzalo Aguilar, «Una genealogía de lo ínfimo», cierra la serie de interpretaciones de Pedro Henríquez Ureña, preocupado por una vertiente que sería para él la clave y el tono dominante: otra Historia de América en busca de nuestra expresión. La descifra no sólo en los estudios del ritmo y del verso, o en el comentario de autores, obras, historiadores o géneros musicales. La halla también en la percepción de relaciones, quiebras o innovaciones rechazadas y luego aceptadas, que descubre ritmos nuevos no leyendo sino más bien oyendo «los nuevos secretos arrancados a la inagotable fuente de la armonía». Aguilar insiste en que lo fundacional de las historias, para Henríquez Ureña, está en un origen de la lengua antes que en el origen de la Nación, o sea que está diciendo que reside en una forma de relación. Su concepto abierto de la historia de la literatura (que el mismo Aguilar reconoce que podría rastrearse por varios caminos), lo encuentra en los estudios de la versificación, con sus oscilaciones entre segunda naturaleza y esfuerzo cultural, su regreso a la historia de la literatura por la «historia ínfima», la genealogía de una técnica como posibilidad de historia intrínseca e immanente, narrando una combinación de la inmanencia y los procesos culturales y de lo que parece lo primero y es en realidad lo segundo.

Don de aislar sin discriminaciones y separar (como en «Música popular de América»), lo cual lleva a Aguilar a los umbrales de esta era de los medios de reproducción masiva y le hace resaltar la capacidad de «escucha» de nuestro historiador.